

LOPE RUBIO PARRADO
LUIS RUBIO MORÁN

**SAN JUAN DE ÁVILA,
MAESTRO Y DOCTOR**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2012

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín
a partir de peces en cobre del escultor José Luis Coomonte, que decoran el sagrario
de la capilla de la Residencia «Maestro Ávila», en Salamanca, perteneciente a la
Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos.

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2012
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1797-0
Depósito legal: S. 260-2012
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
----------------------	---

Primera parte

LA VIDA DEL SANTO MAESTRO JUAN DE ÁVILA

1. Infancia y juventud	17
2. En Sevilla	27
3. Apóstol de Andalucía	37
4. Semblanza espiritual del Maestro Juan de Ávila	49
5. El Maestro Ávila, solo sacerdote	61
6. «Pierde la Iglesia de Dios una gran columna»	79
7. «Segador era»	89

Segunda parte

SAN JUAN DE ÁVILA EN SUS TEXTOS

Presentación	97
1. La identidad teológica del cristiano	99
2. La identidad existencial del cristiano	117
3. Identidad de las diferentes modalidades de la vocación cristiana	131
4. Identidad siempre necesitada de reforma	143
<i>Epílogo</i> . San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia universal .	151
<i>Datos biográficos de san Juan de Ávila</i>	155

PRÓLOGO

El sábado 20 de agosto de 2011, en el marco de las celebraciones de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud, que tuvo lugar en Madrid, el papa Benedicto XVI anunció que declararía «próximamente a san Juan de Ávila, presbítero, Doctor de la Iglesia universal». El mismo pontífice, con motivo del Año sacerdotal, recordaba que resulta imprescindible reconocer y alegrarse por la grandeza del don del sacerdocio, «plasmado en espléndidas figuras de pastores generosos, religiosos llenos de amor a Dios y a las almas, y de directores espirituales clarividentes»¹.

Una de esas figuras especiales, especialísima, es sin duda san Juan de Ávila, a quien el pueblo bautizó muy pronto con el nombre de «el Santo Maestro Juan de Ávila». Sus innumerables escritos de la más alta espiritualidad, su conocimiento de las Sagradas Escrituras, su predicación y su influencia en tantos convertidos y santos de su tiempo –Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Juan de Dios, Francisco de Borja, Juan de Rivera, Pedro de Alcántara, Luis de Granada o Valdivia–, son el mejor aval de su merecido reconocimiento. A este respecto, comenta Jiménez Duque: «Una constelación de santos semejantes, alrededor de un hombre, no se ha dado nunca en la historia de la espiritualidad cristiana».

1. Benedicto XVI, Carta para la convocación del Año sacerdotal con motivo del 150 aniversario de la muerte del santo Cura de Ars, 2009.

Un siglo más tarde, seguían bebiendo en su fuente santos pastores como Francisco de Sales, que en su *Tratado del amor de Dios* llama al Maestro Juan de Ávila «el docto y santo predicador de Andalucía», lo propone «como ejemplo de mansedumbre incomparable» y recomienda a Filotea leer sus obras.

No cabe duda, pues, de que nos encontramos ante un personaje que sintetiza el genio del cristianismo, de la cultura humana en general y de la espiritualidad en particular.

Nacido, como el Ingenioso Hidalgo, en plena Mancha española, cursó estudios en Salamanca y en Alcalá. Fue aspirante a misionero de las Indias, recién descubiertas, pero lo retuvo en Sevilla el arzobispo Manrique. Aunque sufrió la cárcel a instancias de la Inquisición, muy pronto alcanzó fama popular, siendo reconocido como el Apóstol de Andalucía. Fundador de una universidad y varios colegios clericales, reformador de costumbres, predicador eximio, director espiritual, todo ello y mucho más compone un fiel retrato de esta figura preclara.

Un día de enero de 1537 le escuchó un sermón Juan Ciudad y salió de la iglesia decidido a ser Juan de Dios. Otra tarde tuvo entre su auditorio en la catedral de Granada al Duque de Gandía, el cual se determinó entonces a abandonar todos sus títulos y pasar a ser el humilde jesuita Francisco de Borja.

El obispo don Pedro Guerrero quiso llevar a Juan de Ávila como consejero a la segunda convocatoria del Concilio de Trento, pero el Maestro Ávila, ya muy quebrantado por sus enfermedades, declinó la invitación, aunque le hizo llegar sus dos *Tratados de reforma*, cuyo contenido sirvió de base a la reforma de los clérigos y la fundación de los seminarios tridentinos que promovió el Sínodo. Gracias a ellos, Pedro Guerrero recibió las mejores felicitaciones de los padres conciliares, que honestamente refirió al buen Maestro Ávila.

Era una personalidad sumamente inteligente y práctica. Su maestro Soto dijo de él que si se hubiera dedicado al estudio,

sería la mayor inteligencia del Reino; en lugar de eso, Juan inventa elevadores de agua para saciar la sed de algunos campos de Andalucía. Compuso catecismos para que los niños aprendieran cantando la doctrina cristiana, tradujo la *Imitación de Cristo*, escribió obras tan influyentes como *Audi, filia* e importantes tratados sobre la reforma, el amor de Dios y el sacerdocio, amén de numerosos opúsculos e infinidad de cartas. Sus sermones y comentarios a la Sagrada Escritura llenan miles de páginas en sus obras completas, y eso que no todos sus escritos han llegado hasta nosotros.

A juicio de Daniel Rops, la llamada «restauración católica, que sigue a la celebración del Concilio de Trento, tuvo como centro a un sorprendente personaje, Juan de Ávila, autor místico del admirable *Audi, filia* y apóstol de palabra infatigable... conduciendo a su zurrón piezas logradas como Luis de Granada, Juan de Dios y Francisco de Borja».

El testimonio favorable de los papas de nuestro tiempo es permanente: desde León XIII, que procedió a su beatificación, hasta el beato Juan Pablo II, testigo cualificado y divulgador entusiasta de la espiritualidad del Maestro Ávila con sus discursos en las celebraciones programadas con motivo del V Centenario de su nacimiento.

León XIII, en el breve *Apostolicis operariis* de 6 de abril de 1894 por el que lo declara Beato, subraya su singular arte en la dirección espiritual, el cultivo y la dedicación al estudio y la búsqueda de la santidad, de modo que los sermones eran confirmados con el ejemplo de su vida.

Pío XII declaró al entonces beato Juan de Ávila principal patrono del clero secular español por medio de la carta *Dilectus filius*, de 2 de julio de 1946. Lo hace «por su extraordinario deseo de promover con mayor eficacia la santidad y la cultura sacerdotal»; asimismo, fomenta su culto, para que los clérigos «aprendieran sus enseñanzas y caminaran sobre sus huellas».

Pablo VI, en la homilía de su canonización, el 31 de mayo de 1970, se expresó en los siguientes términos: «Juan de Ávila tiene conciencia de su vocación. Tiene fe en su elección sacerdotal... Esta certeza de su 'identidad' sacerdotal nos lleva a individuar en ella la fuente de su celo sereno, de su fecundidad apostólica, de su sabiduría de lúcido reformador de la vida eclesíástica y de exquisito director de conciencias».

En su mensaje a los sacerdotes españoles, reunidos en Montilla para celebrar el V centenario de su santo patrono, Juan Pablo II manifestó este pensamiento: «San Juan de Ávila, en la intimidad con el Señor, ha ido conociendo y penetrando en el misterio de Cristo, llenándose de su caridad pastoral, siendo reflejo de Jesús Buen Pastor... Juan de Ávila ha ido santificándose en el día a día de la caridad pastoral... Ante los retos de la nueva evangelización, su figura es aliento y luz también para los sacerdotes de hoy». Y la Conferencia Episcopal Española, en su Mensaje a todo el pueblo de Dios para animar al conocimiento de su doctrina y dar contenido a las celebraciones centenarias, lo presentó como «Maestro de Evangelizadores».

Juan de Ávila descuella ante nosotros en medio de una gran constelación de místicos, santos, fundadores, laicos de profunda vida interior y sacerdotes que, como él, no necesitan más que el sacramento del orden y el ejercicio de su ministerio para aspirar a la santidad.

Luis Sala Balust lo reconocía ya en 1952, al preparar la edición de sus *Obras completas*: «Creemos que en aquella gran corriente de renovación espiritual de nuestro Siglo de Oro, que arrancando de la entraña del siglo XV cobra nuevo vigor con la reforma de Isabel y de Cisneros, rebulle en los círculos erasmistas e innovadores de Alcalá, se encauza en reformas como en la del austero P. Hurtado, se enturbia en ciertos autores alumbrados, se remansa y aclara con la renovación teológica que inicia en Salamanca el Maestro Vitoria, se refuerza con las

huestes de Ignacio y va a desembocar, después de Trento, en la más exuberante floración mística que reconoce la historia de la Iglesia. Se ha silenciado hasta el presente la aportación de un gran maestro de espíritu, que creó en torno a sí una escuela con sus características peculiares e influyó eficazmente en la vida y la restauración católica de nuestra España imperial. Nos referimos al P. Maestro Juan de Ávila, proclamado por su Santidad Pío XII Patrono principal del clero español».

Pensando en lectores que no puedan detenerse en una lectura reposada y completa de las obras del Maestro Ávila, seguimos el consejo que ya en 1588 escribió su primer biógrafo, el inolvidable fray Luis de Granada: «También me pareció no escribir esta historia desnuda, sino acompañada de alguna doctrina no traída de fuera, sino salida de la misma historia. Porque no es de todos los ingenios saber ponderar las cosas que leen, y sacar de ellas la doctrina que sirve para la edificación de sus almas, en lo cual es razón que prevea el historiador, pues es deudor a todos los hombres, sabios e ignorantes».

Tal es el objetivo de la segunda parte de esta obra, donde se ofrece una selección de textos del Maestro Ávila organizados sistemáticamente. En dicha selección se aprecia sin esfuerzo la honda inteligencia, el vibrante estilo, el amplio conocimiento de la Escritura, el extenso y profundo magisterio que caracterizó su pensamiento.

San Juan de Ávila, maestro de maestros, guía de directores espirituales, evangelizador de evangelizadores. Al dar a la imprenta estas páginas sólo intentamos ofrecer al gran público una nueva oportunidad para acercarse y conocer mejor al Maestro Ávila con ocasión de su doctorado, auténtico regalo de la providencia para el Siglo de Oro español y para cualquier otro siglo, al margen del metal que luzca. La doctrina de este santo sigue teniendo ciertamente valor para afianzar la vocación del hombre y del creyente actuales.

EPÍLOGO

SAN JUAN DE ÁVILA
DOCTOR DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Recorriendo la vida de san Juan de Ávila y leyendo los textos de sus escritos se descubren fácilmente aquellas notas que le hacen acreedor del título de Doctor de la Iglesia universal: su doctrina es sobresaliente, su influencia incomparable y sus enseñanzas tienen una reconocida autoridad en temas como la vida de la Iglesia y el ministerio sacerdotal.

1. SANTO Y MAESTRO DE SANTOS

Fray Luis de Granada, el mejor de sus discípulos y su primer biógrafo, ve en el Maestro Ávila la conjunción o encarnación cumplida de aquel que estudia en los libros y en la oración. De ahí, como de fuente hirviente y luminosa, brotaba su magisterio. Granada destaca que a pesar de los muchos años que «había trabajado en las letras, era, sobre todo, hombre de oración. De ahí la alteza de conceptos». En nuestro tiempo, el profesor Tellechea apostilla: Juan de Ávila era un «hombre mesurado, paciente, sereno, sumamente cortés... respetado de todos y en cuyo rostro se traslucía un hombre que salía de la oración».

Un resumen del estilo de vida y apostolado del Maestro Ávila lo ofrece su otro gran biógrafo, el Licenciado Muñoz: «Vivían sus discípulos apostólicamente... Tuvo sin duda inten-

to de fundar una religión de sacerdotes ejemplares, que, coadjutores de los obispos, acudiesen a cultivar las almas, enseñar a los niños la doctrina cristiana, criar santamente la juventud, ayudar a los fieles en el camino de la salvación, a gobernar los más perfectos en la vida espiritual; finalmente, que predicasen por el mundo, dilatasen la verdad evangélica, manifestasen los tesoros que tenemos en Cristo Crucificado». Y refiriéndose a los sacerdotes, dice: «Fue muy celoso, con deseos y afectos ardentísimos, de que se conociesen la perfección que pide el estado sacerdotal, que se tomase con los fines para los que le instituyó el Sumo Sacerdote Cristo; procuró con grandes ansias y trabajó mucho para que todos fuesen perfectos sacerdotes».

Juan de Ávila no ha sido sólo el apóstol de Andalucía. Con sus escritos y por medio de sus discípulos ha sido y es apóstol y maestro universal, sobre todo del sacerdocio secular, como reconocen Francisco de Sales, Alfonso María de Liguorio, Antonio María Claret, Manuel Domingo y Sol o Antonio de Molina, que destaca este rasgo en su célebre *Instrucción de sacerdotes*. A este respecto tiene especial valor el testimonio de François Bourgoïn, sucesor de Bérulle en el Oratorio de Francia: «Dios había ya derramado la semilla de la reforma del clero en varias almas elegidas y en varios lugares. Yo recuerdo haber oído decir a nuestro venerable Padre (Bérulle) que esta reforma había sido la única meta que había propuesto el P. Juan de Ávila, predicador apostólico; añadiendo después que, si Ávila hubiera vivido en nuestros días, él hubiera ido a postrarse a sus pies, y lo había escogido por maestro y director de su obra reformadora porque le tenía en singular veneración».

Baste decir como resumen que el Maestro Juan de Ávila ocupa el centro de aquella constelación que en pleno Siglo de Oro español hizo posible la reforma soñada por Trento; constelación de santos semejantes alrededor de un hombre como no se ha dado nunca en la historia de la espiritualidad cristiana.

2. DE ADMIRABLE Y ACTUAL DOCTRINA

El título de Maestro o Padre Maestro le ha acompañado siempre. Ni siquiera desapareció cuando lo proclamaron beato o lo inscribieron en el catálogo de los santos. El título de Maestro o Doctor entraña una relación directa a la doctrina que enseñó. Una doctrina, a decir de los especialistas, eminente, universal y de gran actualidad.

«Pocos doctores de la Iglesia han tenido tanta influencia como él», afirman sus comentaristas. Ya en el siglo XVIII el cardenal Astorga, arzobispo de Toledo escribe al papa Clemente XII en estos términos: «A las prendas del Padre Ávila se ajusta la idea de un Santo Padre Doctor de la Iglesia».

El papa León XIII lo señala entre «los excelentes pregoneiros de la suprema Verdad, sabiduría y santidad... a quien se reconocía con el sobrenombre de Maestro».

San Juan de Ávila ha sido estudiado principalmente como maestro de vida espiritual en los estados de vida sacerdotal y consagrada, pero su doctrina y su maestría se extiende a todas las facetas de la vida cristiana, como se aprecia por la lista de los destinatarios de sus cartas y los oyentes de sus sermones. En todos sus escritos se manifiesta su rica personalidad, la amplitud de sus conocimientos teológicos, el dominio de la Sagrada Escritura y de la mejor Patrística.

En la Bula por la que se decretan los honores de los santos al beato Juan de Ávila, Pablo VI subraya que «fue amigo y padre en Cristo de muchos hombres de toda condición, nobles y humildes, sacerdotes y seglares; ellos fueron el consuelo en sus trabajos, obras y penas. Al mismo tiempo le unía una estrechísima amistad con los santos: Juan de Dios, Francisco de Borja; Pedro de Alcántara, Ignacio de Loyola, Juan de Ribera, Tomás de Villanueva, Teresa de Jesús. Entre ellos gozó de gran estima; en especial, Teresa de Jesús lloró muchísimo a su muerte».

El papa Juan Pablo II nos recuerda que Juan de Ávila «nos enseña que hay una cultura del espíritu de la cual mana la serenidad y clarividencia necesarias para abordar las más intrincadas situaciones personales y pastorales, ayudando a distinguir los aspectos efímeros y superficiales de aquellos que enseñan lo que verdaderamente dice el Espíritu a la Iglesia de hoy».

La Conferencia Episcopal Española lo presenta como «sabio maestro y consejero experimentado».

Y ello, como escribe fray Luis de Granada al final de su biografía del santo Maestro, lo hacía sin «perder del todo la unión de su espíritu con Él, procurando conservar la quietud interior del ánima entre la variedad y mansedumbre de los negocios del cuerpo, que es obra de varones perfectos».

Juan de Ávila, maestro, santo y doctor de la Iglesia universal. Sin otro título y otra pasión que la de ser sacerdote secular.